

PEQUEÑA
HISTORIA DE LA
PILILLA



LA PILILLA



La Pililla está en tierras de Ávila, en un valle – el del Tiétar – que luce vegetación mediterránea en pleno corazón de Castilla. Es una bonita finca que se encarama sobre la ladera de un monte. La casa de retiros está enmarcada por grandes rocas y enormes árboles centenarios. El paisaje es espléndido.

Cuando se atraviesa el portalón de la entrada principal, adornado en lo alto con dos osos de piedra, una pequeña vereda enarenada y una escalinata conducen al patio.

Enseguida se ofrece a la mirada una fuente pequeña, de cuatro caños, en la que un bajorrelieve rojo dice: GALLO CANENTE – SPES REDIT: “Al canto del gallo, renace la esperanza” (cit. en Crónicas, septiembre 1966).



Estas palabras de la literatura clásica grecorromana se grabaron por sugerencia de una persona del Opus Dei, que además quiso recordar su estancia en La Pililla en el año 1966. Estas líneas describen la entrada en la casa de retiros situada a 120 km. de Madrid, en el término municipal de Piedralaves (Ávila), y nos sirven igualmente para dar paso a su historia.

El nombre de La Pililla procede de un abrevadero para el ganado que se halla en el camino forestal, tras el muro del recinto de la finca que se encuentra en lo que se llamaba entonces la Cuesta de la Jasa y se utilizaba para sembrar centeno. Por tanto, no existían condiciones para que fuera habitada. Se trataba de un terreno extenso, pedregoso en algunas zonas, y con algunos pinos y alcornoques, muy pequeños. Juan Bartolomé, que vivía en Piedralaves hasta que falleció en 2024, fue contratado para trabajar en la construcción de la casa de retiros, y, posteriormente como mantenedor de la casa; asegura que prácticamente no había nada en aquel terreno y que plantaron algunos árboles que se multiplicaron en el tiempo debido a la polinización.



Un pequeño inciso antes de continuar la historia de este edificio: en 1928, San Josemaría había recibido de Dios la luz acerca de la fundación del Opus Dei, institución de la Iglesia que recuerda que la llamada a la Santidad es para todos los cristianos (solteros, casados, sacerdotes, obreros, profesores...). San Josemaría, aunque se resistía a fundar nada, comenzó a proponer este camino a algunas de las personas que buscaban su dirección espiritual. Unos veían que Dios les llamaba a esa vocación, y otros no. Tantos unos como otros seguían acudiendo a él. No obstante, el inicio de la Guerra Civil interrumpió la labor pastoral que ejercía San Josemaría, y tuvo que huir a la zona nacional tras numerosas y dolorosas dificultades. Sobre estos primeros años de la fundación del Opus Dei, se puede leer el capítulo V de VÁZQUEZ DE PRADA, A. El fundador del Opus Dei. Tomo I; y los capítulos IX-XI de VÁZQUEZ DE PRADA, A. El fundador del Opus Dei. Tomo II. Madrid: Ediciones Rialp (1997).

Finalizada la Guerra Civil (este dato cronológico se puede saber por los testimonios de Dulce Sillero y don César Ortiz-Echagüe. A éste último se lo contó Tomás, director del centro de estudios de Madrid en torno a los años 40), San Josemaría Escrivá de Balaguer pensó en buscar un lugar con el fin de que los jóvenes que trataba espiritualmente se repusieran y cobraran fuerzas.

Dulce Sillero, mujer de la Obra que vivió durante 40 años en La Pililla, explica que don Ricardo Fernández Vallespín le habló a San Josemaría del Valle del Tiétar, donde solía veranear con su familia: era una zona seca, con pinos... que favorecía el descanso.

Por otro lado, se caracterizaba por un clima templado, al encontrarse al resguardo de la Sierra de Gredos. Dulce continúa recordando los orígenes de esta finca: pertenecía a la viuda de Chamorro y a sus tres hijas, que vivían en Piedralaves. La familia Chamorro la había comprado en torno a los años 1934-35.

Únicamente estaba construida una pequeña edificación que ahora conocemos como la “casita de Tía Carmen” que servía de refugio para el guarda. La finca fue alquilada y en el verano de 1939 Carmen, la hermana de San Josemaría, se trasladó junto con aquellos jóvenes necesitados de descanso. Ella dormía en la casa del guarda, mientras que los chicos pasaban la noche en tiendas de campaña. Estos jóvenes, algunos miembros de la Obra, comenzaron a llamar a la hermana de San Josemaría “Tía Carmen”. Veían en el sacerdote un auténtico padre que se ocupaba de sus almas y sus cuerpos, por lo que comenzaron a referirse a él de ese modo. Además, percibían el ambiente de familia que se respiraba entre los miembros del Opus Dei, otro rasgo característico de esta institución, y así, sencillamente, trataban a Carmen como miembro de aquella familia (Carmen fue un gran apoyo para San Josemaría junto con su madre, a la que los miembros de la Obra llaman “Abuela”, pero ninguna de ellas formó parte del Opus Dei. Ambas sacrificaron su propia vida por ayudar al Fundador en el desarrollo de la Obra). Algunas señoras del pueblo colindante bajaban a ayudarla en las distintas tareas de cocinar, lavar...

Carmen disfrutó mucho en este periodo, y sugirió que la finca tomara el nombre de la fuente ya mencionada. Asimismo se conocían distintas zonas desde La Adrada a Piedralaves bajo los nombres “La Pililla de la miel”; “La Pililla de los quesos”...

Retomando el hilo de la historia, la experiencia fue muy positiva y se repitió durante los veranos de 1940 y 1941. En ese transcurso de tiempo, los primeros miembros de la Obra construyeron un cuarto de baño completo en la casita para uso de Tía Carmen, pues no existía nada que se le pareciera.



..nágenes tomadas de los pinos que se veían al entrar en la Residencia por aquel entonces, y actualmente

A partir de esta fecha, comenzó a utilizarse la casa de forma ocasional, y en verano de manera más regular. Al no reunir las condiciones necesarias, la Administración no se podía ocupar de su atención, por lo que San Josemaría pidió a Tía Carmen que continuara haciéndolo ella. Las primeras de la Obra que le acompañaban decían que “llevaba la casa con las pequeñas y no tan pequeñas dificultades que ofrece una construcción campesina, modestísima: cocina de leña, de lumbre baja, escasez de agua, falta de luz eléctrica. Las tareas de la casa resultaban entonces más complicadas, y a esto se añadía la distancia hasta el pueblo más próximo, con las idas y venidas para hacer las compras. Pero, en realidad, Tía Carmen, con su humor característico, con aquel corazón tan grande que Dios le había dado, no dejaba traslucir la menor incomodidad que pudiera pasar, y disfrutaba tanto haciendo felices a cuantos la rodeaban que ésta era la razón de su vida: un sacrificio tan oculto como gustoso” (Diario de Jorge Manrique, 20-IX-1944, cit. en Iniciativas, julio 2003, pp. 63-64).

Tía Carmen se dirigió a La Pililla, acompañada de Encarnita, Nisa y Marichu. Con ellas iba Paca, una empleada de La Moncloa, que se ofreció a trabajar en la nueva casa de retiros durante el verano del año 1944. No obstante, junto a ella en el trabajo quedó Flor Cano y algunas mujeres del pueblo. A partir de entonces, las de la Obra se turnaban para ir todas las semanas y reponer fuerzas del trabajo intenso en La Moncloa. Realizaban planes distintos, por ejemplo se instalaban en la fuente que hay afuera de la finca, en una explanada pequeña. Escribe Marichu que aquel lugar entusiasma a Tía Carmen. Ella metía en la cesta de la comida, junto a la hogaza de pan de pueblo, una botella de Valdepeñas: - “Para que os salgan los colores: os tenéis que poner fuertes”. Adivinaba nuestros gustos siempre. Se pasaban las horas en un vuelo: en las tertulias cantábamos mucho, y Tía Carmen cosía... (Cit. en Iniciativas, julio 2003, pp. 65-66).



Tía Carmen en La Pililla en 1944

Por otro lado, Tía Carmen siempre facilitó que se viviera con exigencia la separación entre las dos Secciones. San Josemaría iba mandando a algunos hijos suyos que tenían que estudiar intensamente o reponerse. Tía Carmen trataba de lograrlo cuanto antes: - “Les ha dicho mi hermano que me tendrán que obedecer, así que pronto se pondrán fuertes, pues tendrán que tomar todo lo que les dé” (TORANZO, E., G., Y L. Una familia del Somontano. Madrid: Ediciones Rialp, 2004, p.262. También en Noticias, junio 1989).

Había asumido íntegramente lo que solía decir el fundador:



Hay que procurar, con particular esmero, que el cuerpo responda siempre como un buen instrumento del alma. Y es preciso de vez en cuando reponer energías, que son necesarias para la lucha interior: porque (...) la gracia de Dios cuenta ordinariamente con esas fuerzas naturales (de San Josemaría, Carta, 29-IX-1957, cit. en Ibidem).

Finalmente, el 27 de noviembre de 1943, la finca fue comprada por el Beato Álvaro del Portillo, pues era el único que ejercía su profesión de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, por 25000 pesetas (cfr. “Testimonio de Francisco Botella”, AGP, RHF, T-00159. El testimonio dice: No hacía mucho que se había adquirido esa finca, en un principio a nombre de Álvaro: “la finca de don Álvaro”, decían en Piedralaves, y el Padre se lo recordaba a Álvaro haciendo broma).

Los primeros que fueron a pasar unos días en La Pililla en torno al mes de marzo de 1944 fueron el Beato Álvaro, don José Luis Múzquiz, que iban a terminar sus tesis doctorales y que se ordenarían sacerdotes en junio de ese mismo año, y Francisco Botella, que se presentaba a una oposiciones para una Cátedra de Matemáticas en la Universidad de Barcelona; también fue Tío Santiago, que tenía que estudiar. En ocasiones, San Josemaría se acercaba y celebraba la Santa Misa en la iglesia de Piedralaves (cfr. “Testimonio de Francisco Botella”, AGP, RHF, T-00159, cit. en TORANZO, E., G., Y L. Una familia del Somontano. Madrid: Ediciones Rialp (2004), p. 261).



Tía Carmen. Tío Santiago y Ricardo Fernández Vallespin en La Pililla

Tía Carmen logró que la casa adquiriera un ambiente hogareño y alegre rápidamente. Uno de ellos cuenta que “cada día añadía algún detalle simpático para mejorar la decoración y estaba pendiente de todo: la compra la realizaba en Piedralaves – a casi dos kilómetros de distancia –, nos preparaba las comidas... Siempre acompañada de su buen humor, su habitual disposición de servicio, sus muchos detalles de cariño” (cfr. “Testimonio de Francisco Botella”, AGP, RHF, T-00159, cit. en Ibidem).

A finales de 1943 o comienzos de 1944, el obispo de Ávila, don Santos Moro, concedió la venia solicitada por San Josemaría para la erección de La Pililla. Posiblemente, la fecha de solicitud y concesión de dicha venia tuviera lugar el 1 de febrero de 1944, día en que el fundador con el Beato Álvaro del Portillo, Tía Carmen, Ricardo Fernández Vallespín, Pedro Casciaro, Tomás Erice, José Luis Múzquiz y Tío Santiago aprovecharon para hacer una excursión, realizando el siguiente recorrido: Madrid - Ávila - El Escorial - La Pililla - Ávila - Madrid.



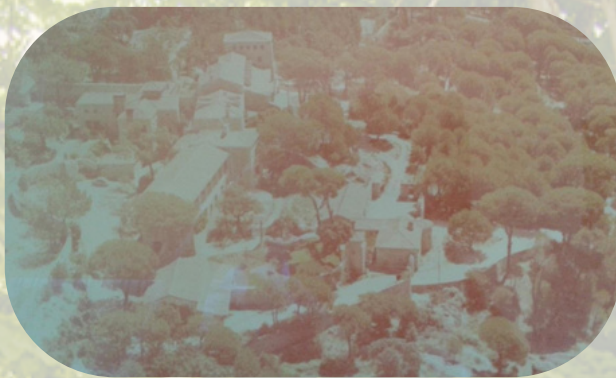
Francisco Ponz hace una de las primeras referencias al comienzo del funcionamiento de La Pililla como casa de retiros. En su libro “Mi encuentro con el fundador del Opus Dei” (pp. 32-33), cuenta su encuentro con San Josemaría en 1943, y de qué manera éste les insistía en la importancia de la lucha por la Santidad personal para la expansión del Opus Dei por España y otros países. En este contexto, el fundador comenzó a hablar de la necesidad de obtener algún lugar donde los miembros de la Obra, y las personas que participaban de sus apostolados, pudieran realizar sus cursos de retiro, descansar y formarse (en la página 107, Ponz escribe: Recuerdo que en la primavera de 1943 nos pedía que encomendáramos al Señor conseguir una casa en el campo donde se desarrollaran numerosos cursos de retiro y sirviera en verano para la formación y descanso de los de la Obra. Pocos meses más tarde, hacia noviembre, fue posible contar con una finca, La Pililla, cerca de Piedralaves (Ávila), que parecía reunir condiciones para construir la deseada casa de retiros. De forma muy provisional, La Pililla se utilizó ocasionalmente al menos desde marzo de 1944. Y de manera regular durante el siguiente verano, en el que grupos sucesivos pocos numerosos pasamos periodos de un par de semanas. Inconvenientes urbanísticos obligaron a retrasar unos años la construcción de los edificios previstos. Surgió, entre tanto, otra solución para casa de retiros: Molinoviejo...).

66 Tened presente que algunas veces – como una de las bases de nuestra espiritualidad es el trabajo, y un trabajo que no se abandona, que se procura realizar con perfección –, vuestros hermanos hacen su deber excediéndose. Por eso, es preciso – vuelvo a repetir – cuidar su salud (San Josemaría Escrivá de Balaguer, Instrucción, 31-V-1936, n.91, cit. en Iniciativas, julio 2003, p. 62).

Al no tener unas adecuadas condiciones de alojamiento, se pensó construir una casa como residencia. Fernando Delapiente, Ingeniero Industrial y pintor, y posteriormente Catedrático de la Escuela de Ingenieros Industriales, fue uno de los que acudieron a reponerse en los veranos de principios de los 40. Él realizó los planos de la Residencia y de la Administración de La Pililla. Se puede comprobar al observar los edificios que los ideó un artista, pues se fijaba más en la estética que en la funcionalidad: por ejemplo, las chimeneas se construyeron con una dimensión grande con respecto al tiro, por tanto el humo revoca; el sillar del oratorio de la Residencia es ciertamente incómodo pero de gran belleza y nobleza por la madera de nogal; los bloques de piedra de la escalera del vestíbulo de la Residencia están tallados en forma de florón, etc.



Asimismo, intervinieron en dicha tarea otros arquitectos que se encontraban en su estudio de la calle Montalbán, en Madrid. Los bocetos eran revisados por San Josemaría mientras que el Beato Álvaro del Portillo era el maestro de obras, además de ser el que pagaba a los obreros, compraba los materiales, etc. Muchos de estos empleados de la construcción (Juan Bartolomé, Luis Forero...) afirman que nunca se les dejó de pagar su sueldo, aunque las obras se vieron interrumpidas en varias ocasiones por falta de dinero. Además, se inspiró en el retablo de El Escorial para realizar el retablo del oratorio de la Residencia. Por otro lado, Delapuepte procedió a la compra de algunos elementos como el zócalo de madera que rodea el suelo en la biblioteca de la Residencia, o el sillar del oratorio de la Administración (del testimonio de Jaime Castañón, tomado de una entrevista oral que se le hizo).



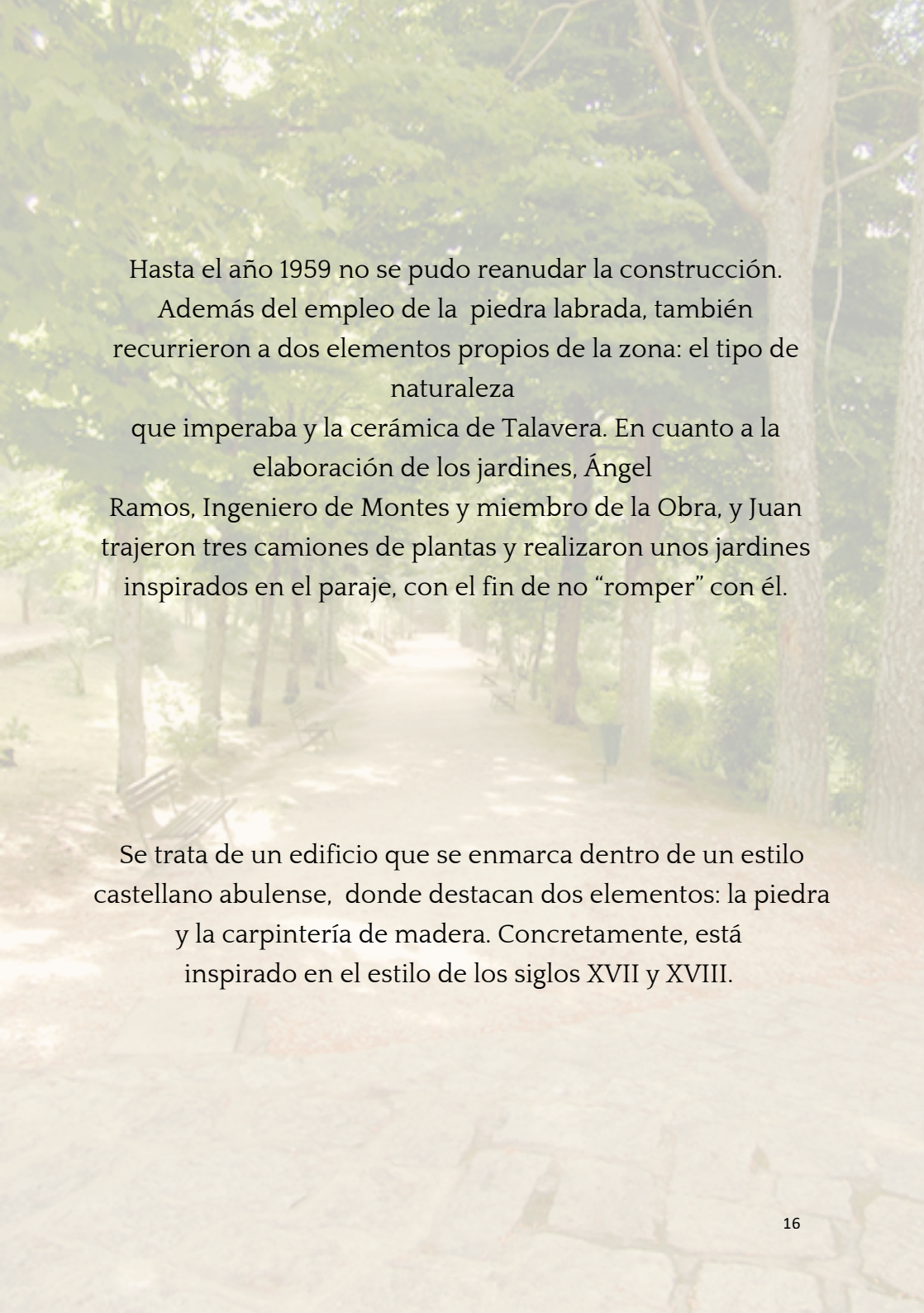
En estos momentos, Juan, la persona ya mencionada, junto con otros hombres comenzaron a trabajar en la finca: únicamente estaba construido el muro y las entradas de la calle. A esta tarea se sumaba una dificultad: la inexistencia de agua. En primer lugar, construyeron un depósito grande de agua, que más tarde se convirtieron en cinco.

Originariamente existía un pozo con un caudal suficiente para abastecer a unas 40 personas. No obstante, llegó la llamada “pertinaz sequía”, que provocó una reducción considerable de dicho caudal. El proceso fue muy lento también por el material que se quería emplear: piedra labrada, procedente de las canteras próximas a la finca. La piedra de esta localidad es el granito. Fueron contratados unos 33 canteros y uno de ellos hizo la fuente del gallo. Cada bloque de piedra era tallado manualmente: se realizaban al día unos dos o tres sillares de los muros, mientras que los florones de la escalera del vestíbulo de la Residencia tardaron unos dos o tres días para cada uno. Además, traían dichos bloques en carros de mulas si eran muy pesados, o en angarillas (dos palos o tablas sujetos por hombres en volandas) entre dos hasta diez hombres según el peso y el grosor.

Para subirlas no tenían grúa, así que lo hacían con unos palos, carrucha y cuerda (una polea manual) y los albañiles la colocaban para subir las piedras. Las paredes son maestradadas, es decir, en varios puntos de ellas sujetaban una cuerda y ésta se mantenía totalmente recta. En la escalera principal de la Residencia, utilizaron una cimbra para colocar las piedras en un leve arco: si al retirarla, permanecían en su sitio los bloques, significaba que estaba correctamente dispuesta.

No tenían hormigonera tampoco: el cemento lo hacían a mano con cal y arena. Al final de la obra, comenzaron a contar con una de segunda mano que les duró hasta el final. Esta mezcla hace que sea más duradero y de mayor calidad que los muros edificados con cemento.

La marcha del Beato Álvaro a Roma, una vez ordenado sacerdote, y de Delapiente, al ser nombrado catedrático y comenzar a vivir en otros países, junto a las dificultades mencionadas retrasaron la construcción de los edificios previstos. El administrador general, don José Montañés, quiso vender la finca para conseguir dinero y poder ayudar en la construcción de Villa Tevere, la futura sede de la Prelatura del Opus Dei en Roma. La propiedad fue ofrecida a posibles compradores que denegaron la oferta.



Hasta el año 1959 no se pudo reanudar la construcción.

Además del empleo de la piedra labrada, también recurrieron a dos elementos propios de la zona: el tipo de naturaleza

que imperaba y la cerámica de Talavera. En cuanto a la elaboración de los jardines, Ángel Ramos, Ingeniero de Montes y miembro de la Obra, y Juan trajeron tres camiones de plantas y realizaron unos jardines inspirados en el paraje, con el fin de no “romper” con él.

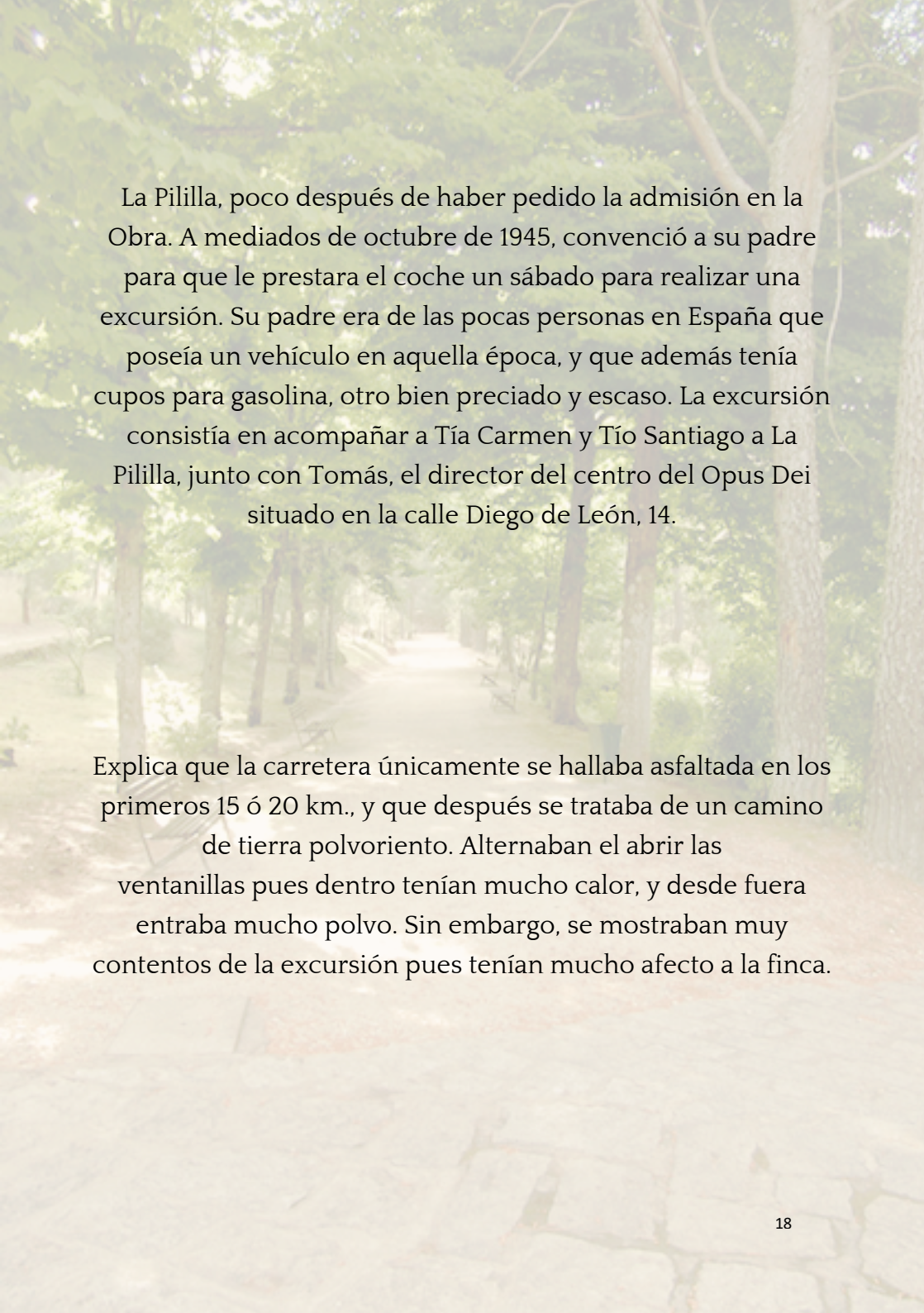
Se trata de un edificio que se enmarca dentro de un estilo castellano abulense, donde destacan dos elementos: la piedra y la carpintería de madera. Concretamente, está inspirado en el estilo de los siglos XVII y XVIII.

La imagen que presentamos es una Anunciación que se guarda en el Museo de Cerámica Ruiz de Luna (Talavera). El retablo de la Administración es una copia de esta imagen con una diferencia: la paloma que representa al Espíritu Santo, en el retablo de la Administración mira en sentido horizontal, mientras que en la imagen del Museo está inclinada hacia abajo.



Los herrajes de las ventanas, puertas, etc., fueron hechos en una forja de Piedralaves, que se encuentra a la entrada del pueblo.

Don César Ortiz-Echagüe, sacerdote miembro del Opus Dei, ha dejado escrito en un breve documento sus recuerdos de esta casa de retiros. En él rememora su primera visita a



La Pililla, poco después de haber pedido la admisión en la Obra. A mediados de octubre de 1945, convenció a su padre para que le prestara el coche un sábado para realizar una excursión. Su padre era de las pocas personas en España que poseía un vehículo en aquella época, y que además tenía cupos para gasolina, otro bienpreciado y escaso. La excursión consistía en acompañar a Tía Carmen y Tío Santiago a La Pililla, junto con Tomás, el director del centro del Opus Dei situado en la calle Diego de León, 14.

Explica que la carretera únicamente se hallaba asfaltada en los primeros 15 ó 20 km., y que después se trataba de un camino de tierra polvoriento. Alternaban el abrir las ventanillas pues dentro tenían mucho calor, y desde fuera entraba mucho polvo. Sin embargo, se mostraban muy contentos de la excursión pues tenían mucho afecto a la finca.

No supo hasta muchos años después el papel que jugó Tía Carmen en esos años, y fue cuando San Josemaría lo contó cuando vino a La Pililla en 1969, con el fin de consagrar el altar de la Ermita ya construida por una sugerencia suya en 1960, en otra visita que hizo a la finca. Allí observó la maqueta del buque escuela “Sebastián Elcano”, en una vitrina a la izquierda del altar, debido al patronazgo de la Virgen del Carmen. Fue entonces cuando sugirió colocar una lápida con una inscripción dedicada a Tía Carmen, en el lado opuesto al buque, en la que mencionase la heroicidad con que había servido en esta casa. Continúa escribiendo que “en una pequeña reunión de familia, oí por primera vez de labios del Padre lo que Tía Carmen había hecho en aquella casa: Terminada la Guerra Civil, sin duda a causa del hambre y de la gran miseria reinante, se desató en Madrid una fuerte epidemia de un tifus, llamado exantemático, muy contagioso, y en aquel tiempo, en muchos casos, mortal. Dos numerarios fueron presa de esa enfermedad. Al enterarse, el Padre se llenó de preocupación. En la casa donde vivían suponían un gran peligro para los demás, y la idea de enviarlos a uno de esos hospitales le resultaba inaceptable. Tía Carmen se enteró de la preocupación de su hermano y le debió decir: ‘Josemaría, no te preocupes, que nos lleven a los dos y a mí a La Pililla con las medicinas necesarias, y yo me ocupo de ellos hasta que se curen’. Y así se hizo” (recuerdos de La Pililla de César Ortiz-Echagüe).

Terminadas las obras, tuvo lugar el primer curso de formación durante el mes de agosto. Así lo afirma don César, pues se encontraba en dicho curso. A los pocos días, llegó San Josemaría que pasaba unos días en Molinoviejo, otra casa de retiros en Segovia. Hicieron un recorrido por la casa.

Comprobaron que Delapiente se había inspirado en soluciones tradicionales de edificios de Castilla, lo que agradó sobremanera a San Josemaría. Especialmente le gustó el gran ventanal del cuarto de estar, desde donde se veía el paisaje del Valle del Tiétar.



En el transcurso de su estancia, él y el Beato Álvaro pasaron a la Administración para saludar y decir que al día siguiente estarían más tiempo. Efectivamente, se reunieron al día siguiente con las numerarias y numerarias auxiliares de la Administración. En el comedor de la Administración, les habló de que “en todas las casas por donde iban pasando encontraba hijas tuyas piadosas, alegres, que trabajaban con una fidelidad inconvencible” (cit. en Noticias, marzo 1961).

Era el día 12 de septiembre, fiesta del Dulce Nombre de María, por lo que San Josemaría hizo referencia a esa fecha:



Vuestra vida, hijas de mi alma, es trabajar por Jesús como lo hacía Ella. Es nuestra vida, como lo fue la suya, de trabajo humilde y escondido. Quiero que aprendáis a acompañarla, y veréis cómo sentís su ayuda (Ibidem).

Al final, pidió a las asistentes que “fueran muy santas, alegres, muy sobrenaturales, muy humanas, con defectos, con pequeñeces, pero siempre al pie del cañón, con una lucha esforzada” (Ibidem).

Tras esos momentos, tuvo lugar la consagración del altar de la Residencia. A la izquierda, había una vidriera que representaba a la Virgen con túnica de color azul, y con la cabeza ligeramente inclinada, en el momento de ser coronada por Dios Padre. En la actualidad, hay en su lugar otra vidriera con el sello de la Obra, ya que la anterior fue trasladada a Roma.

En su estancia, San Josemaría ocupó la habitación A y el Beato Álvaro, la B.



Una numeraria auxiliar, Antonina García de Vicuña, que vivía entonces en La Pililla, cuenta que en la Administración no se celebraba la Misa y asistían a la de la Residencia a través de una ventana que daba al altar de la Residencia. Lo denominaban “el oidor”. El oratorio de la Administración ocupaba el lugar donde actualmente está el anteoratorio.

Esta misma numeraria auxiliar narra que, al día siguiente, estaba atendiendo el desayuno del fundador y del Beato Álvaro. San Josemaría le pidió a esta hija suya un huevo frito para desayunar. El Beato Álvaro dijo: - “Yo, igual que el Padre”. A lo que contestó San Josemaría: “Tú no me tienes que imitar.

Tienes que imitar a Jesucristo. Y el Beato Álvaro, rápidamente, respondió: - “Sí, Padre, pero por el conducto reglamentario”.



Julia Bustillo y Antonina García de Vicuña, Numerarias Auxiliares

La siguiente imagen de la Virgen, que actualmente se halla a la salida del oratorio de la residencia, se encontraba en la pared del despacho A. Del mismo modo, el Cristo que está en la galería de altares, anteriormente estaba colocado en el despacho B. Las imágenes se encontraban en estos despachos porque, al no existir la galería de altares, los sacerdotes celebraban la Misa allí.



Ese mismo día, 13 de septiembre ó 14, regresaron a Madrid.



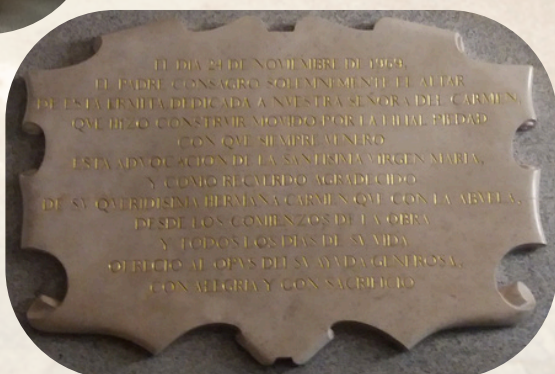
En esta mesa del comedor de la Residencia tuvo lugar el desayuno que atendió Antonina



Años después de que se abriera la casa, como ya se ha mencionado, se construyó en la finca una Ermita con una talla de la Virgen del Carmen como recuerdo de Tía Carmen.

Paralelamente se edificó una ampliación, el Pabellón. Ambas construcciones finalizaron en 1967 y el arquitecto fue Heliodoro Dols. Sobre la talla se encuentra un cuadro de la Coronación de la Virgen semejante a otro que hay en la Iglesia de Piedralaves. El día 24 de noviembre de 1969, San Josemaría regresó y consagró el altar de la Ermita.

En las siguientes imágenes vemos el buque “Juan Sebastián Elcano”, la lápida con la inscripción que rememora la consagración del altar de la Ermita y la abnegación de Tía Carmen y la Abuela, y por último, la talla de la Virgen del Carmen de la Ermita:





Un último dato interesante: el altar de la Ermita es de compleja realización pues tiene forma de barco, relacionándose de este modo con el patronazgo del Carmen:





LA PILILLA